

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 316

Todos los regalos que les hago a mis hermanos me pertenecen.

Comentario de Sarah:

Esta Lección sigue a la Lección 315, “**Todos los regalos que mis hermanos hacen me pertenecen.**” Ahora se nos dice: “**Todos los regalos que les hago a mis hermanos me pertenecen.**” (L.316) Somos Uno con todos nuestros hermanos. Todos los regalos de perdón que mis hermanos dan, yo los recibo, y todos los regalos que yo doy, también los recibo. Sólo hay Una Mente que compartimos. Los regalos vienen a través de nosotros como bendiciones cuando perdonamos. Y qué es el perdón sino la limpieza de los pensamientos y creencias egoístas que bloquean la luz en nosotros. Cuando nos conectamos con esa luz, nos convertimos en un canal para el amor de Dios y experimentamos la bendición de reconocer nuestra igualdad. A medida que se liberan los pensamientos que nos mantienen en la oscuridad, la mente reconoce su propia luz interior. Quienes somos y quienes son nuestros hermanos se reconocen cuando los perdonamos por lo que no hicieron. Ahora, en lugar de verlos a través de nuestros juicios, vemos su inocencia y la aceptamos como propia.

“**Cada uno de ellos [el regalo de perdón] permite que un error pasado desaparezca sin dejar sombra alguna en la santa mente que mi Padre ama.**” (L.316.1.2) Esto es importante porque, como leímos en la lección 314, nuestros errores pasados son los que arrastramos hacia el futuro y son los que llevan la carga de la culpa. Queremos liberarnos de los errores que nos agobian con sentimientos de culpa y vergüenza. El medio que se nos ofrece es el perdón. Con cada regalo que hagamos, se irá un error del pasado. Por lo tanto, cada vez que dejamos ir un resentimiento, nos liberamos de la culpa de nuestros errores pasados. Las sombras que nos persiguen, a causa de estos errores, se alejan entonces de nuestra santa mente. Todo lo que se requiere es la voluntad de sacar a nuestros hermanos de la cruz y liberarlos, para que nosotros también podamos ser liberados y llegar a saber que nuestra única Fuente es el amor.

Un ejemplo de mi propia vida fue cuando me ayudaron a ver cómo sentía un profundo nivel de culpa y responsabilidad por la felicidad de mi madre. Esto se tradujo en la creencia de que yo era responsable de hacer felices a los demás. No podía sentirme "bien" si no conseguía hacer felices a los demás. Por supuesto, esta es una agenda imposible a la que me aferraba y que se traducía en complacer a la gente. Con mi madre, se hizo evidente que ella podía derrotarme fácilmente mostrándome lo miserable que era. Por lo tanto, sentía ira y resentimiento hacia ella. Hasta que fui consciente de la naturaleza de la creencia que tenía en la mente, no me di cuenta de que la amabilidad y el cuidado que expresaba a mi madre se basaban, en gran medida, en la culpa. Me di cuenta de que era un patrón de larga data que me hacía sentir que nunca podría ser suficiente, dar lo suficiente o hacer lo suficiente. Pedí liberarme entregando a mi madre a Dios, reconociendo que su camino no era mi responsabilidad. Mi responsabilidad es renunciar a la culpa y proteger a la niña interior que se ha

esforzado tanto por ser buena sólo para ser devorada por las exigencias que se le imponen. Esta ha sido una revelación muy útil, pero no la habría descubierto fácilmente por mi cuenta. Así, pude estar agradecida a mi madre por mostrarme dónde necesitaba sanar mi mente. Sólo tenía que conservar lo que era seguro de aquí, que era su perfecta gloria, belleza y plenitud, para poder conocer la mía.

“Mis arcas están llenas, y los ángeles vigilan sus puertas abiertas para que ni un solo regalo se pierda, y sólo se puedan añadir más.” (L.316.1.4) Hay muchas referencias a la casa del tesoro en el Curso. Nuestra casa del tesoro es la mente correcta y siempre está llena de los regalos de Dios. La respuesta a todo lo que nos preocupa está dentro de nosotros, esperando ser reclamada. Detrás de cada nube está el sol, esperando nuestro reconocimiento. Hasta que no reconocemos esto, buscamos tesoros en el mundo donde no existen. Cuando nos damos cuenta de dónde está nuestro verdadero tesoro, nos sentimos motivados para dar a nuestros hermanos los regalos del perdón en cada situación en la que encontramos dificultades. Los tesoros que buscamos en el mundo ya no nos interesan ni nos llaman la atención. Ya no los vemos como la fuente de la felicidad. Vemos que sólo hay una Fuente y es Dios. Ahí es donde se encuentra nuestra libertad y felicidad.

No hay seguridad real en nada de lo que buscamos en el mundo. Nuestra única seguridad está en conocernos a nosotros mismos tal y como fuimos creados. Aunque todavía buscamos tesoros en el mundo, se nos pide que nos demos cuenta de nuestros apegos a estas cosas y que no nos hagamos más culpables por perseguir lo que todavía creemos que queremos. Dios nos ha dado la libertad de tomar estas decisiones por nosotros mismos. Sólo cuando llegamos a reconocer que no hay felicidad, seguridad o protección en nada del mundo, dirigimos nuestra atención cada vez más a nuestra verdadera Fuente de felicidad y paz dentro de la mente recta.

“Ni tú ni nadie puede perder nada que deis, sino que todo ello se atesora y se guarda en el Cielo, donde todos los tesoros que le han sido dados al Hijo de Dios se conservan para él y se le ofrecen a todo aquel que simplemente extiende la mano dispuesto a recibirlos.” (T.25.IX.2.4) (ACIM OE T.25.X.79)

“Cada vez que le dices hoy a tu agitada mente que tu salvación procede de tu único Ser, añades otro tesoro más a tu creciente almacén.” (L.96.12.1) (ACIM OE W.PI.96.17)

“Cada vez que dedicas cinco minutos de cada hora a buscar a Aquel que une a tu mente con tu Ser, le ofreces un tesoro adicional para que lo salvaguarde para ti.” (L.96.11.5) (ACIM OE W.PI.96.16)

Aunque no seamos conscientes de los tesoros de la mente recta, Jesús nos asegura que no hay ninguna diferencia. Siguen estando ahí, seamos o no conscientes de ellos. Imagina lo diferente que sería nuestra vida si fuéramos conscientes de todos esos tesoros que tenemos en nuestro almacén. ¿Volveríamos a sentirnos desprovistos? ¿Habría algún motivo para la soledad, la auto-recriminación, la tristeza, los celos, la ira, la pérdida o la angustia de cualquier tipo? ¿Alguna vez nos sentiríamos superiores a alguien? ¿Habría alguna vez necesidad de intentar hacernos sentir bien? Si supiéramos lo ricos que somos realmente en el abundante amor y apoyo de Dios hacia nosotros, conoceríamos una profunda paz y alegría que no depende de nada externo a nosotros. Todo está disponible y a sólo una decisión de distancia. Si no experimentamos estos dones, es sólo porque estamos confiando en nuestra limitada idea de nosotros mismos y acudiendo al ego en la creencia de que nos mantiene a salvo.

Somos como el vagabundo que cree que debe mendigar dinero para mantenerse y todo el tiempo arrastra una bolsa llena de tesoros detrás de él. Ha elegido olvidar que ya es abundante. Se niega a ver lo que está ahí, que siempre ha estado ahí y que siempre estará ahí, disponible para él cuando quiera. No estamos preparados para ver lo que hay si nos aferramos tenazmente a falsas creencias sobre nosotros mismos. Jesús nos dice que no necesitamos vivir con esta sensación de soledad y carencia. Podemos aprovechar los regalos que hay en nuestra casa del tesoro siempre que estemos dispuestos a mirar en nuestro interior y a soltar las falsas creencias a las que nos aferramos tenazmente por nuestra seguridad. El Espíritu Santo ha puesto estos regalos en nuestra casa del tesoro, y **“aquí las puertas no se cierran nunca, y a nadie se le niega la más mínima petición ni su necesidad más apremiante.”** (W.159.6.4)

Nada en este mundo puede ofrecernos ninguna satisfacción real, ninguna felicidad verdadera, ni nada de valor duradero. Cuando nuestras vidas se dedican al perdón, recibimos los milagros que damos. El mundo se ve ahora como un aula de aprendizaje para deshacer lo falso. Así, incluso los acontecimientos que juzgamos como difíciles y dolorosos nos ofrecen las oportunidades perfectas de enseñanza-aprendizaje para soltar lo que nos retiene. Sólo podemos estar aprisionados por nuestros propios pensamientos.

Todo lo que parece sucedernos ha llegado con nuestra propia invitación. No somos víctimas de ninguna circunstancia. **“El día que deseas tener se lo ofreces al mundo, pues transcurrirá tal como lo hayas pedido y reforzará el dominio de tu consejero en el mundo.”** (T.30.I.16.7) (ACIM OE T.30.II.31) En todo lo que hacemos, elegimos entre el ego y el Espíritu Santo para que nos guíe, y a cuál acudimos determina lo que recibimos. **“Pues o bien eliges la paz de Dios o bien pides sueños.”** (L.185.9.4) Todo es cuestión de elección. Nada ocurre por accidente. **“Tu santa mente determina todo lo que te ocurre.”** (T.10.IN.2.6) (ACIM OE T.9.VIII.60) Lo que recibimos es lo que queremos.

“Déjame llegar allí donde se encuentran mis tesoros, y entrar a donde en verdad soy bienvenido y donde estoy en mi casa, rodeado de los regalos que Dios me ha dado.” (L.316.1.5) Cuando extendemos el perdón a nuestros hermanos, es un regalo para nosotros mismos, ya que la mente está ahora liberada de la auto-condena y del auto-ataque. Así es como llegamos a conocer nuestra propia santidad. Vemos la evidencia de la belleza de lo que somos cuando se nos refleja a través de nuestros hermanos. Al soltar nuestros juicios, nuestras opiniones, nuestras comparaciones, nuestra indignidad o nuestro sentido de superioridad, reconocemos que no estamos solos y separados, sino que somos Uno con todo lo que hay.

La única forma en que podemos acceder a los tesoros de la mente es estar dispuestos a mirar los obstáculos que mantienen los tesoros alejados de nuestra conciencia. Sólo podemos conocernos como el amor que somos cuando ese amor se extiende a través de nosotros y se refleja en nosotros. Sin embargo, debemos reconocer que somos nosotros mismos los que retenemos el amor. Para el ego, todo gira en torno a lo que podemos obtener de alguien, pero Jesús nos recuerda: **“Aprendes primero que tener se basa en dar, y no en obtener.”** (T.6.V.C.6.1) (ACIM OE T.6.Vc.90) Las relaciones especiales se basan todas en el regateo mientras que **“regatear es imponer límites en lo que se da, y eso no es la Voluntad de Dios.”** (T.7.I.4.4) (ACIM OE T.7.II.4)

¿Cómo se vería esto en nuestras vidas? Es fácil ser cariñoso y amable con aquellos con los que tenemos una relación fácil y cariñosa. Pero entre las personas que conforman nuestras relaciones especiales se encuentran las que nos provocan malestar y nos traen más dolor. Cuando me siento injustamente

acusada o maltratada, me siento justificada para responder de forma poco cariñosa y ofensiva a cambio. "¿Cómo se atreve a decirme esas cosas?". Es cuando tenemos la tentación de responder con el ataque que estamos llamados a parar y reconocer que estamos, en ese momento, eligiendo cerrar la puerta de nuestra casa del tesoro.

El ego nos dice que él merece ser atacado por su mal comportamiento, pero Jesús enseña que cuando culpamos a nuestro hermano, estamos tratando de comprar nuestra inocencia a costa de su culpabilidad. Esta es una falsa inocencia y no refleja la inocencia de Dios, que es nuestra verdadera inocencia que espera ser reclamada. No podemos reclamarla cuando atacamos a un hermano culpándolo y proyectando nuestra culpa en él. Esto es lo que el ego nos aconseja hacer todo el tiempo. Cuando escuchamos al ego, culpamos alegremente a nuestros hermanos sin darnos cuenta de que hemos caído en la trampa que el ego nos ha tendido.

Ayer, mientras luchaba con pensamientos de represalia en mi mente, el Espíritu Santo me recordó que podía elegir la paz. Me recordó que el poder de esta elección estaba en mi propia mente. Me recordó que el don de la paz era mío para dar y, por lo tanto, para recibir al mismo tiempo. Significaba que debía elegir no escuchar los pensamientos obsesivos del ego que me instaban a hacer culpable a mi hermano. Elegí liberar mi perspectiva de la situación y ver que estaba equivocada en la forma en que lo percibía. ¿Realmente quería verlo a mi manera o la paz era más importante para mí? ¿Quería seguir rumiando el odio y los juicios? ¿Era esto más valioso para mí que la paz? Esta debería ser una decisión fácil, y sin embargo luchamos con ella debido a nuestra obstinada inversión en el yo separado. ¡Qué alegría experimentar el milagro cuando elegimos cambiar de mentalidad! Cuando lo hacemos, nos afirma que la dulzura del amor de Dios está siempre presente y simplemente permanece oculta por nuestros pensamientos de ataque.

Diariamente elegimos alejarnos del amor ante la traición, el conflicto y el ataque, pero esto no nos hace culpables. Si nos castigamos a nosotros mismos cuando experimentamos la decepción hacia nosotros, mantenemos la curación lejos de nosotros. El ego disfruta de la culpa, ya que la culpa es la naturaleza del ego y lo mantiene vivo. En cambio, se nos invita a acoger todas estas situaciones como nuevas oportunidades de curación.

Escribo estos comentarios como un recordatorio para mi propia mente de lo que realmente quiero. Cuando dejo que la verdad de esta enseñanza entre profundamente en mi mente, convengo a mi mente resistente de que aplique lo que la Lección me pide que haga. Paso a paso, momento a momento, día a día y año a año, la mente se vuelve más centrada, comprometida y disciplinada, y los resultados de aplicar las enseñanzas se evidencian en más armonía en mis relaciones y más paz en mi experiencia. En otras palabras, ¡funciona! Sólo hace falta voluntad y dedicación constantes. Si no estamos preparados para esa vigilancia, somos, sin embargo, inocentes y siempre amados.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca